

El odio y la pasión son siempre malos consejeros. Obnubilan la vista, hacen perder objetividad y, a veces, hasta simplemente ignorar aspectos esenciales de la verdad histórica. Es lo que le ha ocurrido al señor Pablo Rodríguez Grez en su diatriba del lunes pasado en contra del ex Presidente Frei y su Gobierno.

Tan cierto es ello, que para él representa "recordar con ira" el mirar hacia atrás el período 1964-1970. Afortunadamente para el país y lamentablemente para el señor Rodríguez, la historia se escribe con hechos y no con pasiones, y la evidencia está de parte del ex Presidente Frei.

Es cierto que recordar esos tiempos parece un sueño después de lo que los chilenos hemos vivido. Recordar que vivimos en un país que progresaba, donde la modernización abría perspectivas de futuro, donde la democracia era una práctica normal de los ciudadanos, donde la clase media prosperaba y donde los pobres mejoraban su situación en forma sorprendente.

No resulta necesario atiborrar al lector de cifras. Baste decir que ninguna obra importante de desarrollo y progreso para el país que no se hubiera hecho o iniciada en ese período, ha sido creada después. El país aún vive del impulso de progreso de aquel entonces y de una visión moderna del desarrollo que entonces se impuso.

Es evidente que un proceso de modernización y de progreso de esa magnitud debía tener fallas. Y las tuvo, tal vez muchas, pero en ningún caso como para que el balance final dejara de ser ampliamente favorable.

Para los estudiosos de las ciencias sociales es de abecedario saber que los grandes procesos modernizadores van acompañados de ajustes y de dificultades. No puede ser de otra manera, porque se abren nuevas perspectivas que sobrepasan al pasado, porque nuevos actores sociales se incorporan a la plenitud de sus derechos, porque los intereses afectados se defienden y porque nuevas reivindicaciones se plantean por parte de los menos privilegiados. Si se aumenta el número de sindicatos industriales es inevitable que aumente los conflictos laborales cuando éstos defienden sus derechos. Cuando se hace la reforma agraria y se organiza a los campesinos con plenitud de derechos es evidente que aspiraciones que antes no tenían cómo expresarse comienzan a sentirse. Cuando aumenta en forma vertiginosa la educación primaria, profesional y secundaria es inevitable que exista una juventud más viva y consciente, porque es más culta. Cuando el derecho a ingresar a la Universidad no se limita a los que tienen fortuna sino que a todos los que tienen méritos, es evidente que la vida académica deberá sufrir cambios y presiones.

Pero los chilenos deben entender bien: se trata de las dificultades y tensiones del crecimiento. Existen problemas porque se vive y se progresa, y no por otra cosa. Frente a esa realidad hay gente que prefiere la paz de los cementerios, el orden sin imaginación, el statu quo de los satisfechos, el desconocimiento de los problemas de los pobres; en resumen, la inmensa "ventaja" de vivir como muertos.

Cada cual puede hacer su opción. Por mi parte, estoy seguro que la inmensa mayoría de los chilenos recuerdan ese tiempo como el de un gran Chile moderno, democrático y respetado por todas las naciones de la Tierra y que todos los problemas de aquel entonces parecen nimiedades ridículas al lado de lo que hemos vivido después. Por eso lo que para un hombre como el señor Rodríguez son tiempos para "recordar con ira", para la mayoría de los hombres y mujeres modestos y de clase media de nuestro país son tiempos en que se vivía con esperanza y libertad.

Por último, quisiera recordarle al señor Rodríguez el viejo refrán de que "cuando al cielo se escupe..." No debe olvidar que fué un vocero de la candidatura presidencial que, en aras de su egoísmo electoral, se opuso a la aprobación de la segunda vuelta en las elecciones presidenciales e invirtió millones de escudos sosteniendo que el candidato que obtuviera un solo voto más en las urnas debía ser Presidente, para luego cambiar de opinión y descargar su rencor en espaldas ajenas, no bien se dieron cuenta de que eran los perdedores.

Escribo esto sin ánimo de abrir polémicas gastadas y sin sentido, porque hoy la tarea es trabajar para hacer posible que la paz y la esperanza vuelvan al alma de los chilenos. Lo escribo porque me honro con la amistad de un estadista de nivel mundial como el ex Presidente Frei, porque siempre he sido consecuente con mis ideales políticos y porque estoy orgulloso de haber sido parlamentario y haber puesto mi palabra y mi pluma al servicio de la democracia y de la justicia.

Por eso, creo que nadie, en tiempos tan duros y amargos, puede darse el lujo de sembrar sus pasiones sin el respeto necesario a la verdad histórica y sin justicia para con quienes han servido a su pueblo y a su patria. La historia dirá que grado de razón tuvo cada uno de nosotros, y sólo el pueblo es juez del presente.

Basta ya de odios, de sectarismo, de prepotencias de quienes se saben protegidos, del revanchismo, de quienes tienen la vista fija en el pasado, porque no tienen nada hacia dónde mirar en el porvenir.

CLAUDIO ORREGO VICUÑA